

Al día siguiente, los habitantes de Puerto Luis buscaron en vano, en el sitio donde todavía la vieran la vispera, la fragata que desde hacía quince días estaba estacionada en la abra exterior de Lorient. Como la vez primera, había desaparecido sin que aquéllos pudiesen adivinar la causa de su llegada ni la de su partida.

EPÍLOGO

Cinco años después de los acontecimientos que acabamos de narrar, la independencia de los Estados Unidos había sido reconocida. Nueva York, última plaza fuerte ocupada por los ingleses, acababa de ser evacuada. El estampido del cañón, que resonara á un tiempo en el mar de la India y en el golfo de Méjico, dejó de conmover ambos océanos. Washington, en la solemne sesión del 28 de diciembre de 1783, había presentado la dimisión de su cargo de general en jefe y retirádose á su hacienda de Montvernón, sin otra recompensa que la de recibir y enviar sus cartas libres de franqueo.

También la tranquilidad de que empezaba á disfrutar América se extendía á las colonias francesas de las Antillas, que, por haber tomado parte activa en la guerra á favor de los Estados Unidos, viéranse repetidas veces constreñidas á defenderse contra las tentativas hostiles de la Gran Bretaña. Entre las mencionadas islas, la de Guadalupe había sido particularmente ame-

nazada, á causa de su importancia militar y comercial; pero, gracias á la vigilancia de su nuevo gobernador, las tentativas de desembarco quedaron siempre frustadas, y Francia no tuvo que deplorar ningún serio descalabro; de modo que, en los comienzos del año 1783, la isla, sin verse del todo despojada de una apariencia guerrera que conservaba más por costumbre que por necesidad, estaba ya, sin embargo, entregada nuevamente, y casi por entero, al cultivo de los diversos productos que constituyen su riqueza.

Si haciendo un pequeño esfuerzo de complacencia nuestros lectores tienen á bien acompañarnos á la otra parte del Atlántico y aportar con nosotros en Tierra Baja, seguiremos entre fuentes que manan acá y acullá, una de las calles que suben al paseo del Campo de Arbaud; luego, después de haber disfrutado, durante un tercio de su longitud, de la fresca sombra de los tamarindos que la orillan á cada lado, doblaremos á la izquierda y tomaremos por un sendero trillado que conduce á la puerta de un jardín que, desde su parte más elevada, domina la ciudad.

Una vez allí, respiren por un instante mis acompañantes la brisa, tan suave en las tardes del mes de mayo, y dirijan con nosotros una mirada á aquella exuberante naturaleza de los trópicos.

Vueltos como estamos de espaldas á las montañas volcánicas y con arbolado que separan la parte oeste en dos vertientes, y entre las cuales se elevan, coronados de sus penachos de humo

y chispas, los dos calcinados picos de la Azufrera, tenemos á nuestros pies, abrigada por los morros de Buenavista, del Deseo, del Sol Hermoso, de la Esperanza y de San Carlos, la ciudad, que desciende graciosamente hacia el mar, cuyas olas, abillantadas por los últimos rayos del sol poniente, vienen á besar las murallas; en el horizonte, se desarrolla el Océano, vasto y terso espejo, y á derecha é izquierda se extienden los plantíos más hermosos y más ricos de la isla, esto es, cafetales originarios de Arabia, de nudosas y flexibles ramas cubiertas de hojas de color verde obscuro y luciente y de forma oblonga, puntiaguda y ondulada, ostentando cada una en su arranque un ramito de niveas flores; tresbolillos de algodoneros, que cubren con una alfombra de verdor el terreno seco y pedregoso en que medran, y entre los cuales, y semejantes á monstruosas hormigas, aparecen los negros ocupados en reducir á dos ó tres los millares de renuevos de cada tronco. En la parte llana y abrigada, y en las tierras pingües y fértiles, medra el árbol introducido en las Antillas por el judío Benjamín Dacosta, el cacao, de tronco esbelto, ramas porosas y de corteza leonada, cubiertas de grandes hojas aovadas, alternas y puntiagudas, entre las cuales se ven algunos brotes, que semejan flores de un color rosado suave y hacen contraste con el fruto largo, encorvado y amarillento, que tuerce las ramas bajo su peso; y, finalmente, extensos campos de la planta descubierta en Tabago y transportada á Francia, por vez primera, por el embajador de Francisco II, que la regaló á Catalina de Médicis, de

donde le viene su nombre de hierba de la reina; lo cual no impidió que, como todo lo popular, empezase por ser excomulgada y prohibida, en Europa y en Asia, por los dos poderes que se compartían el mundo, proscrita por el gran duque de Moscovia Miguel Fedorowith, por el sultán turco Amurates IV y por el shah de Persia, y excomulgada por Urbano VIII. Luego, á trechos, surgiendo del suelo y de un solo tirón, y sobresaliendo cuarenta ó cincuenta pies de todos los vegetales herbáceos que lo rodean, medra el banano del paraíso, del cual, si hemos de dar crédito á la tradición bíblica, las hojas, ovales, obtusas, de siete ú ocho pies de longitud y listadas de nervios transversales, como banderolas encintadas, sirvieron para labrar el primer traje á la primera mujer. Finalmente, dominándolo todo y resaltando ora sobre el azul del firmamento, ya sobre el glauco color del Océano, según se eleven en la cresta de las montañas ó en la playa, se ven el cocotero y el palmito, los dos gigantes de las Antillas, graciosos y pródigos como todo lo fuerte. Figúrese, pues, el lector aquellas maravillosas vertientes cortadas por setenta ríos encajonados en lechos de ochenta pies de profundidad; aquellas montañas iluminadas, durante el día, por el sol de los trópicos, y de noche por el volcán de la Azufre; aquella vegetación siempre exuberante y de la que no cae una hoja sin que se vea inmediatamente reemplazada por otra; aquel suelo, en fin, tan sano, y aquel ambiente tan puro en el que, á pesar de los insensatos ensayos que el hombre, enemigo de sí mismo, ha hecho, no han

podido vivir ni reproducirse las serpientes transportadas de la Martinica y de Santa Lucía, y juzgue, después de lo que en Europa padecieron, de qué dicha deben gozar, tras los cinco años que hace habitan en aquel paraíso de la tierra, Anatolio de Lusignán y Margarita de Auray, á quienes el lector ha visto figurar en primer término entre los personajes del drama que acabamos de desenvolver á sus ojos.

Es que á la existencia combatida por las pasiones, á la lucha del derecho natural contra el poder legal, á la serie de escenas en las que todos los dolores terrenos, desde el alumbramiento hasta la muerte, desempeñaran su papel, había sucedido una vida serena, de la que todos los días se deslizaran apacibles y tranquilos, sin más nubes que la vaga inquietud que sentimos por los amigos lejanos, inquietud que, á las veces, cruza el espacio y nos oprime el corazón como un presentimiento doloroso. Sin embargo, de tiempo en tiempo, sea por los periódicos políticos, ó bien por los buques que hacían escala en el puerto, Anatolio y Margarita habían sabido algunas noticias de aquel que con tanta eficacia les sirviera de protector; conocieron sus victorias; supieron que al separarse de ellos había recibido el mando de una escuadrilla y destruido las factorías inglesas de las costas de Acadia, recibiendo, en premio, el empleo de comodoro; que un choque con el *Serapis* y la *Condesa de Scarborough*, y después de un combate verga á verga que duró unas cuatro horas, obligara á las dos fragatas á rendirse, y, finalmente, que en 1781 y, en recompensa de sus servicios á la causa

de la independencia, mereció que el congreso le diese públicamente las gracias, votase en su pro la concesión de una medalla de oro y le nombrase capitán de la fragata *América*, á la que habian dado este nombre por ser la más esbelta y confiado á él el mando por ser el más valeroso; pero que habiendo este hermoso buque de guerra sido ofrecido por el congreso al rey de Francia en sustitución del *Magnífico*, perdido en Boston, Pablo Jones, después de haberla conducido al Havre, había pasado á bordo de la flota del conde de Vaudreuil, que proyectaba una expedición contra la Jamaica. Esta última noticia llenó de gozo á Lusignán y á Margarita, pues tal expedición conducía de nuevo á Pablo á aquellos parajes, y esperaban por fin ver otra vez á su hermano y amigo; pero, como ya hemos dicho, en el ínterin había sobrevenido la paz, y desde entonces no volvieron á saber del aventurero.

Por la tarde del día en que hemos transportado á nuestros lectores desde las inhospitalarias costas de la Bretaña á las fértiles orillas de la isla de Guadalupe, la joven familia estaba, como hemos manifestado, reunida en el mismo jardín en que hemos entrado, y dominaba el inmenso panorama del que formaba el primer plan la ciudad tendida á sus pies, y el Océano, sembrado de islas, el último y maravilloso término. Margarita, acostumbrada muy pronto á la indolencia de la vida criolla, y con el alma en lo sucesivo tranquila y dichosa, abandonaba su cuerpo, como siempre pálido, endeble y gracioso como el lirio silvestre, al dulce *far niente*

que convierte la existencia sensual de las colonias en una como somnolencia en que los acontecimientos parecen sueños. Tendida con su hija en una hamaca peruana trenzada con hilos de seda de áloe y bordada de brillantes plumas de pájaros los más raros de los trópicos, mecida acompañada y suavemente por su hijo, con una mano en las de Lusignán y la mirada perezosamente perdida en una extensión inconmensurable, se sentía invadida, por el alma y por los sentidos, de todas las felicidades que promete el cielo y de todos los goces que puede proporcionar la tierra. En aquel instante, y cual si todo debiese haber concurrido á redondear el mágico cuadro que la joven acudía á contemplar cada tarde, y al que cada tarde encontraba más maravilloso, un buque, semejante al rey del Océano, dobló el cabo de las Tres Puntas, deslizándose por la superficie del mar sin más esfuerzo aparente que el que hace un cisne que retoza sobre el espejo de un lago. Margarita, que fué la primera en divisar la nave, sin proferir palabra, de tal suerte cada acción de la vida es una fatiga en aquel clima abrasador, hizo con la cabeza una seña á Lusignán, que dirigió la mirada hacia el lado que su esposa le indicaba, y, como ésta, siguió con los ojos y en silencio la marcha veloz y graciosa de la embarcación. Á compás que ésta iba acercándose y aparecían en medio de la mole de velas, que al principio semejaban una nube deslizándose por el horizonte, los pormenores delicados y elegantes de su arboladura, Margarita y Lusignán fueron distinguiendo sucesivamente el pabellón de la nave, sus fajas de plata

y gules, y por fin las estrellas en campo de azur, en número igual al de las Provincias Unidas. Entonces á ambos jóvenes les ocurrió el mismo pensamiento, y cruzaron una radiante mirada en la que se leía la esperanza de que quizás iban á saber noticias de Pablo. Lusignán ordenó al punto á un negro que fuese á buscar un catalejo; pero, antes de que el negro hubiese regresado, un pensamiento todavía más grato había hecho latir los corazones de ambos jóvenes: parecían á Lusignán y á Margarita conocer á una antigua amiga en la fragata que iba acercándose. Sin embargo, para el que no está acostumbrado, es tan difícil distinguir á cierta distancia las señales que hablan á los ojos del marino, que aquéllos no se atrevían aún á dar crédito á tal esperanza, que asumía más el carácter del presentimiento que no el de la realidad. Por fin, regresó el negro con el instrumento deseado, y Lusignán, después de haberlo llevado á sus ojos, profirió un grito de gozo y lo entregó á Margarita: en la escultura de la proa de la nave había conocido la estatua de Guillermo Coustou; de consiguiente, la fragata que á velas desplegadas hacía rumbo al puerto era la *India*.

Lusignán levantó á Margarita de su hamaca y la colocó en el suelo, pues el primer impulso de ambos fué dirigirse inmediatamente al puerto; pero asaltándoles entonces la duda de que la *India*, á la que Pablo abandonara hacía cerca de cinco años, cuando un grado superior le diera derecho al mando de un buque de más porte, podía muy bien estar al mando de otro capitán, se detuvieron con el corazón palpitante

y temblándoles las piernas. Interin, el joven Héctor había empuñado el antejo, y llevándolo á sus ojos como viera hacer uno en pos de otro á sus padres, á poco dijo: «Padre, en la cubierta del buque hay un oficial que lleva un capote negro bordado de oro, semejante al que ostenta el retrato de mi amigo Pablo.» Lusignán tomó con viveza el catalejo de manos del niño, miró por espacio de algunos segundos, y lo entregó nuevamente á Margarita, la cual, al cabo de un instante, lo bajó; luego los dos esposos se abrazaron: habían conocido al joven capitán, que para reunirse otra vez á sus amigos vistiera el traje que hemos dicho le era más habitual. En aquel momento el buque pasó por delante del fuerte, al que saludó con tres cañonazos, que fueron contestados inmediatamente con igual número de disparos.

Tan pronto Lusignán y Margarita hubieron adquirido la certeza de que realmente era su hermano y amigo el que mandaba la *India*, se encaminaron á la rada, seguidos del joven Héctor y dejando en la hamaca á la pequeña Blanca; pero, por su parte, el capitán también les conoció, de modo que al mismo tiempo que aquéllos salían del jardín, él hizo arriar la yola, y gracias á los redoblados esfuerzos de seis robustos remeros, salvó con rapidez la distancia que separaba de tierra firme el fondeadero, y puso el pie en el muelle en el instante que sus amigos llegaban al puerto.

Tales sensaciones son mudas y sólo se traducen en lágrimas. Así es que la manifestación del

gozo que sentían aquellos seres asumía todas las apariencias del dolor. Todos derramaban lágrimas, incluso el niño, que lloraba de ver llorar.

En dando algunas órdenes relativas al servicio del buque, el joven comodoro tomó lentamente, con sus amigos, el camino que éstos recorrieran con tanta presteza para volar á su encuentro.

Fracasada la expedición de Vaudreuil, Pablo había regresado á Filadelfia, y firmada la paz con Inglaterra, el congreso, como recuerdo de gratitud, le había regalado el primer buque del que asumiera el mando.

Al referir Pablo á Lusignán y á Margarita lo que acabamos de decir, fué indescriptible el gozo que éstos sintieron por un instante, pues supusieron que su hermano venía para quedarse á vivir con ellos; pero el carácter del joven marino era harto aventurero y demasiado ávido de emociones para sujetarse á la vida sosa y monótona de los habitantes de la tierra. Previno, pues, á sus amigos que sólo podía concederles ocho días, y que, transcurridos éstos, iría á buscar en otra parte del mundo una vida que fuese continuación de la que hasta entonces llevara.

Los ocho días aquellos pasaron como un sueño, y por mucho que Lusignán y Margarita instaron á Pablo, éste no quiso concederles ni veinticuatro horas más: el marino continuaba siendo el hombre de siempre, vehemente, inflexible, absoluto, transformando en deber la resolución tomada, y severo para consigo mismo más todavía que con los otros.

Llegada la hora de separarse, Lusignán y

Margarita se empeñaron en acompañar al comodoro hasta su buque; pero Pablo no quiso prolongar el dolor de la despedida. Una vez en el muelle, les besó por última vez, y luego, y de un salto, se metió en el bote, que inmediatamente se alejó con la rapidez de una flecha.

Margarita y Lusignán le siguieron con los ojos hasta que hubo desaparecido á estribor de la fragata, y llenos de tristeza subieron nuevamente á su vivienda, á fin de presenciar la partida de la nave desde la meseta en que la vieran arribar.

En el instante en que llegaron á ella, á bordo de la fragata reinaba la actividad inteligente que precede al momento de la partida. Los marineros, reunidos en el cabrestante, empezaban á levar anclas, y gracias á la limpidez del aire, su voz sonora y regocijadora llegaba hasta los dos jóvenes. El buque se puso lentamente á pique del ancla, y pronto se vieron salir del agua las dos lengüetas de ésta; luego, las velas de las vergas fueron desplegadas sucesivamente, y tras ellas las de los masteleros, hasta las más bajas; la fragata, cual si hubiese estado dotada de un sentimiento instintivo y animado, puso la proa hacia la boca del puerto, y empezando á moverse, hendió las aguas con tanta ligereza como si se deslizara por su superficie. Entonces, y como si desde aquel instante la nave pudiese ser abandonada á su propia voluntad, Lusignán y Margarita vieron al joven comodoro subir al castillo de popa y fijar toda su atención, ya inútil para la maniobra, en la tierra de que se separaba. Lusignán sacó inmediatamente su

pañuelo, é hizo con él una seña, á la que Pablo respondió; luego, cuando ya no les fué posible verse á simple vista, cada uno de ellos tomó un catalejo, y gracias á este ingenioso instrumento retardaron todavía una hora aquella separación, que uno y otros presentian dolorosamente debía ser eterna. Por fin, el buque fué achicándose gradualmente en el horizonte, al par que las sombras de la noche iban cubriendo la tierra: entonces Lusignán mandó traer un montón de ramas á la meseta y ordenó que las encendiesen, para que Pablo, cuya fragata empezaba á perderse en la obscuridad, pudiese continuar fijando la mirada en aquel faro hasta que hubiese doblado el cabo de las Tres Puntas.

Una hora hacía ya que Margarita y Lusignán habían del todo perdido de vista á la nave, que, gracias á la hoguera mandada encender por ellos y que, alimentada incesantemente, se mantenía clara y brillante, podía verles aún, cuando surcó el horizonte una llama parecida á un relámpago; algunos segundos después, llegó á los oídos de los jóvenes esposos el estampido de un cañonazo, semejante al sordo y prolongado fragor del trueno: luego todo quedó otra vez envuelto en las tinieblas y el silencio.

Lusignan y Margarita habían recibido la última despedida de Pablo.

Aunque el drama íntimo que nos comprometimos á contar termine aquí en realidad, quizás algunos de mis lectores se hayan interesado lo bastante por el joven aventurero á quien hemos convertido en héroe de esta historia, para sentir impulsos de seguirle en la segunda parte de

su carrera; á éstos, al par que les damos las gracias por la atención que les merecemos, vamos á hacerles pura y simplemente sabedores de lo que, tras minuciosas pesquisas, hemos podido averiguar acerca de este extremo.

En los días á que hemos llegado, esto es, en el mes de mayo de 1784, Europa entera había caído nuevamente en ese marasmo que los hombres faltos de previsión confunden con la tranquilidad, y que para los más pensadores no es sino la lúgubre y momentánea calma que precede á la tempestad. La América, con su independencia, había preparado á Francia para su revolución: reyes y pueblos, mutuamente recelosos, estaban cada cual ojo avizor; éstos, invocando el hecho, aquéllos el derecho. Únicamente una nación de Europa parecía viviente y agitada en medio de aquel sopor general: era Rusia, á la que el zar Pedro había elevado á la categoría de los Estados civilizados, y á la cual Catalina II empezaba á inscribir entre las potencias europeas. Pedro III, que se hiciera odioso á los rusos por su carácter ruin, por sus estrechas miras políticas, y particularmente por su idolatría por las costumbres y la disciplina prusianas, había sido destronado sin oposición y estrangulado sin lucha. Catalina, pues, se encontró, á los treinta y dos años de su edad, señora de un imperio que cubre la séptima parte de la superficie del globo, y lo primero que hizo fué imponerse, valiéndose de su poder, como mediadora entre los pueblos vecinos á quienes quería sujetar bajo su férula. Así, pues, obligó á los curlandeses á expulsar á su nuevo duque, Carlos de

Sajonia, y á llamar otra vez á Biren; envió á sus embajadores y á sus ejércitos para hacer coronar en Varsovia, con el nombre de Estanislao Augusto, á su antiguo amante Poniatowski; se alió con Inglaterra, asoció á su política á las cortes de Berlín y de Viena; y, no obstante, tan grandiosos proyectos de política extranjera no le hacían olvidar la administración interior, ni le estorbaban, durante los intervalos de sus amores con tanta frecuencia renovados, el que hallase ocasión de recompensar á la industria, fomentar la agricultura, reformar la legislación, crear una marina, enviar á Pallas á provincias de las cuales se ignoraba hasta lo que producían, á Blumager al archipiélago del Norte, y á Billings al océano Oriental. Más hizo aquella mujer: celosa de la reputación literaria de su hermano el rey de Prusia, escribió, con la misma mano con que firmaba la erección de una nueva ciudad, la sentencia de muerte del joven Iván (1), y el reparto de Polonia, la *Refutación al viaje por Siberia*, del padre Chappe, la novela *El zarevich Chlore*, y comedias, entre ellas una traducción en francés de *Oleg*, drama de Derschawin; de modo que Voltaire la apellidaba la Semiramis del Norte, y el rey de Prusia la colocaba, en sus cartas, entre Licurgo y Solón.

De adivinar es el efecto que produjo en aquella corte sensual y caballeresca la llegada de un hombre como nuestro marino. La fama de valeroso que le convirtiera en el terror de los enemigos de Francia y de América, le había

(1) Juan.

precedido en el palacio de Catalina, la cual, en cambio del don que aquél le hiciera de su fragata, le nombró contralmirante. Entonces, el pabellón de Rusia, después de haber dado la vuelta á la mitad del viejo mundo, apareció en los mares de Grecia, y allí, en las ruinas de Lacedemonia y del Partenón, aquel que acababa de dar la libertad á América, pensó en el restablecimiento de las repúblicas de Esparta y de Atenas. Por último, el caduco imperio otomano fué conmovido hasta sus cimientos; los turcos, derrotados, firmaron la paz en Kainardji. Catalina retuvo para sí á Azof, Tangarok y Kinburn, se hizo conceder la libre navegación por el mar Negro y la independencia de Crimea, y, convertida en dominadora de Tauride, entró en deseos de conocer sus nuevos dominios. Pablo, llamado á San Petersburgo, la acompañó en este viaje trazado por Potemkín. En una extensión de casi tres mil leguas, la conquistadora y su séquito caminaron de triunfo en triunfo: en toda la longitud del camino se encendieron fogatas; todas las ciudades, y como por arte de magia, se iluminaban de un modo deslumbrador, en medio de las desiertas campiñas, y para sólo un día construíanse magníficos palacios que desaparecían al siguiente; agrupábanse los vecinos de las aldeas, cual obedeciendo á la varita de un mago, en las soledades donde ocho días antes los tártaros apacentaban sus rebaños; en el horizonte aparecían ciudades de las que no existían más que los muros exteriores. Todo eran homenajes, cantos y danzas; cubría el camino una muchedumbre solícita, y, por la noche,

mientras la emperatriz estaba durmiendo, aquella corría á escalonarse de nuevo en el camino que su soberana debía recorrer al despertar; su soberana, que llevaba á su lado un rey y un emperador que se intitulaban, no sus iguales, sino sus cortesanos; y, finalmente, al término del viaje hablan levantado un arco de triunfo con la siguiente inscripción, que revelaba, si no la ambición de Catalina, á lo menos la política de Potemkin: *Este es el camino de Bizancio*. Entonces Rusia se afirmó en su tiranía, como la América se afirmara en su independencia.

Catalina ofreció á su almirante empleos capaces de satisfacer al cortesano más descontentadizo, honores que hubieran llenado los deseos del más ambicioso, tierras con las que un rey se habría consolado de la pérdida de un reino; pero lo que necesitaba nuestro aventurero y poético marino era la movediza cubierta de su buque, la mar con sus luchas y sus tormentas, el Océano, inmenso y sin límites. Abandonó, pues, nuestro héroe la brillante corte de Catalina como hiciera con la severa reunión del congreso, y vino á buscar en Francia lo que hallaba á faltar en todas partes, esto es, una existencia de emociones, enemigos á quienes combatir, un pueblo que defender. Pablo llegó á París cuando estabamos engolfados en nuestras guerras europeas y en nuestras contiendas civiles; cuando con una mano destruíamos al extranjero y con la otra nos desgarrábamos nuestras propias entrañas. Aquel rey á quien viera tan querido, respetado y poderoso, diez años antes, ahora estaba cautivo, y era menospreciado y carecía de

fuerza. Todo lo elevado descendía; los más encumbrados caían como los reyes. Era el imperio de la igualdad, y el nivel lo constituía la guillotina. Pablo se informó respecto de Manuel, y supo que estaba desterrado; preguntó qué había sido de su madre, y le respondieron que estaba muerta. Entonces le asaltó un anhelo infinito de visitar por última vez, antes de desaparecer él también de entre los vivos, los lugares donde, doce años antes, sintiera tan suaves y tan terribles emociones. Partió, pues, para la Bretaña, dejó su coche en Vannes, y tomó un caballo como hiciera el día en que vió por vez primera á Margarita; pero Pablo no era ya el joven y entusiasta marino, lleno de anhelos y esperanzas, sino el hombre desilusionado de todo por haberlo gustado todo, miel y ajeno; profundizado todo, hombres y cosas; conocido todo, gloria y olvido. Así es que buscaba no ya una familia, sino una tumba.

Al llegar á vista del castillo, volvió los ojos hacia la casa de Achard, y, no viéndola, procuró orientarse por el bosque; pero el bosque parecía haberse desvanecido como por encanto. Había sido vendido, como propiedad nacional, á veinticinco ó treinta cultivadores de las cercanías, que lo roturaron y convirtieron en una vasta llanura. La corpulenta encina había desaparecido, y el arado pasado por encima de la ignorada tumba del conde de Morlaix, de la que ni la mirada de su hijo podía conocer el sitio que ocupara.

Entonces Pablo entró por la puerta del parque y se encaminó en derechura al castillo, ahora

todavía más sombrío y más triste que en otro tiempo; sólo había en él un anciano conserje, ruina viviente entre aquellas muertas ruinas.

No faltaba quien sustentara el designio de hacer desaparecer aquella morada señorial como habían hecho desaparecer el bosque; pero la fama de santidad de la marquesa, conservada religiosamente en la comarca, protegió las vetustas piedras que, por espacio de cuatro siglos, dieran abrigo á la familia.

Pablo visitó los aposentos que, desde hacía tres años, nadie había abierto y para él volvieron á abrirlos; recorrió la galería de retratos, que había quedado tal cual él la viera en otro tiempo, pero sin que mano alguna piadosa hubiese añadido á la colección los retratos del marqués y de la marquesa; entró en la biblioteca donde se escondiera, y encontró en el mismo sitio en que lo dejara, el libro que él había abierto, y abriéndolo de nuevo volvió á leer las páginas que leyerá; luego empujó la puerta del salón del contrato, donde ocurrieran las escenas más animadas del drama de que él había sido el principal actor, y encontró la mesa en el mismo sitio y el espejo con marco de Venecia, situado sobre la chimenea, estrellado aún por el proyectil de la pistola de Manuel, y arrimándose al jambaje de aquélla pidió pormenores respecto de los últimos años de la marquesa. Al igual que todo cuanto conocían de ésta, habían sido sencillos y severos. Habiendo quedado sola en el castillo, como ya hemos manifestado, su vida se deslizó uniformemente en tres distintos parajes: su oratorio, la bóveda donde repo-

saba su marido, y el espacio abrigado por la encina al pie de la cual estaba enterrado su amante. Después de la noche en que Pablo se despidiera de ella por última vez, y por espacio de ocho años, habíanla visto vagar por aquellos antiguos corredores y aquellas sombrías alamedas, pálida y lenta como un espectro, hasta que, por fin, se le declaró una enfermedad de corazón, producida por las emociones acumuladas en su pecho, y más endeble de día en día, una tarde en que le era ya imposible dar un paso, se hizo conducir al pie de la encina, su paseo predilecto, para presenciar por última vez, dijo, como se ponía el sol en el Océano, y recomendando que media hora después fuesen por ella. Sus criados, al volver al sitio en que la dejaran, la encontraron desmayada y la trasladaron al castillo; pero, vuelta en sí durante el trayecto, dispuso que la bajarán á la bóveda de su familia, donde aun tuvo fuerzas para arrodillarse ante la tumba de su marido y hacer con la mano seña de que la dejaran sola. Sin embargo de que era imprudente el obedecerla en aquellas circunstancias, sus criados acataron la orden de su ama, pues ésta no estaba acostumbrada á repetir las dos veces. Con todo, en lugar de marcharse, los criados se quedaron en una oquedad á fin de estar prontos á auxiliarla, y viendo á poco que la marquesa se tendía sobre la losa ante la cual estaba orando, acudieron presurosos creyendo que se había desmayado nuevamente; pero no, estaba muerta.

Pablo hizo que le condujeran á la bóveda, y entró en ella lentamente y con la cabeza descu-

bierta, y llegado que hubo á la losa que cerraba la tumba de su madre, se arrodilló ante ella. La mencionada losa sólo contenía la siguiente inscripción, que puede leerse todavía en una de las capillas de la iglesia de la pequeña ciudad de Auray, á donde fué trasladada tiempo después, y que la misma marquesa, antes de morir, había dejado con este intento:

AQUÍ YACE

LA MUY ENCUMBRADA Y MUY PODEROSA SEÑORA

MARGARITA BLANCA DE SABLÉ

MARQUESA DE AURAY

NACIDA EL 2 DE AGOSTO DE 1729

Y FALLECIDA EL 2 DE SEPTIEMBRE DE 1788

—
Rogad por ella y por sus hijos

Pablo fijó en el cielo los ojos con expresión de indecible gratitud. Su madre, que por tan dilatado espacio de tiempo le olvidara en vida, se había acordado de él en su inscripción funeraria.

Seis meses después, la Convención nacional resolvió en sesión solemne asistir á los funerales de Pablo Jones, antiguo comodoro de la marina norteamericana, fallecido en Paris el día 7 de julio de 1793, y cuya inhumación debía verificarse en el cementerio del Padre Lachaise.

Esta decisión, dice el decreto, fué tomada *para consagrar en Francia la libertad de cultos.*

FIN.

